

FABULA LXIII.

EL CABALLO Y EL GINETE.

Un Caballo de gran prez
Montó un Joven cierto dia,
Siendo la primera vez
Que á cabalgar se ponía.

Era presumido el tal;
Pero pronto en su buen juicio
Comprendió el noble Animal
Que era el Ginete novicio.

Procuró, pues, sostenerle
Y suavemente llevarle,
Ansioso de complacerle,
Aunque podía estrellarle.

Lo malo del caso estaba
En que el Joven no sabía
Cómo al Caballo aguijaba,
Ni cómo le detenía.

Así el Corcel, aunque bueno,
No podía gusto darle,
Pues él tiraba del freno
Cuando queria pararle.

En cambio, como secuela
De sistema tan trocado,
Daba en hincarle la espuela,
Queriendo verle parado.

El apuro era terrible
Para el que abajo venía,
Siendo su acierto imposible
Por más que lo pretendía.

Aquel Caballo sin par
Llegó al fin á comprender,
Tras probar y más probar,
Lo que tenia que hacer.

El ensayo era molesto;
Mas vió que obrar le tocaba
En sentido contrapuesto
Al que el Ginete indicaba.

Dióle, pues, gusto en su tema;
Pero el Ginete, inseguro,

Cambió á su vez de sistema,
Y hete al Jaco en otro apuro.

El Joven llegó á creer
Que el Corcel daba en burlarse,
Viéndole andar, y aun correr,
Cuando él quería pararse.

— «¿Así obedeces, ruín?
Dicen que al fin exclamó:
¿Eres Caballo, ó Rocin?» —
Y el Caballo contestó:

«Animal soy, á mi ver,
Que algo te puedo enseñar:
¿Cómo te he de obedecer,
Si tú no sabes mandar?»

FABULA LXIV.

EL RATON, EL NIÑO Y EL GATO:

idea sugerida por la lectura de una fábula de Le Bailly.

Un trocito de queso
Manducábase un Niño... ¡ay Dios, que gozo!
Cuando un Raton travieso
Que vió su corta edad y poco seso,
Saltó sobre él, y arrebatóle el trozo.

De miedo turulato,
Echa el Niño á correr, y llama al Gato
Para que le defienda
Del que así le arrebatara su merienda.
El Gato, al oír eso
Bufa, corre, da un salto,
Pilla al bribon cayendo de lo alto,
Y se engulle el Raton... y luego, el queso.

*Eso á las veces en leccion se mama
El débil que en su ayuda al fuerte llama.*

FABULA LXV.

LOS DOS ORTOGRAFOS.

*Censurar es un oficio
Que en breve lo aprenderás;
Péro es fácil, en mi juicio,
Que des en el mismo vicio
Que adviertas en los demás.*

Poner *Visto Bueno* un dia
Quiso el Alcalde Moreno,
Y lo hizo por vida mia;
Mas con tal ortografía,
Que puso así: «BISTO VUENO.»

Motejóle con razon
El Fiel de Fechos Panzurro;
Y escribió á continuacion
Del susodicho renglon:
«¡Ja, ja, ja! BALIENTE VURRO!»

FABULA LXVI

EL LABRIEGO Y EL MONARCA SOÑANDO.

Un Labriego dormia,
Y que era Rey en su dormir soñaba;
Y era tal la alegría
Que sueño tal le daba,
Que el mas feliz del mundo se juzgaba.

Con plácido sosiego
Soñaba cierto Rey el mismo dia
Que era un simple Labriego;
Y era tal su alegría,
Que el mas feliz del mundo se creia.

Al despertar los tales,
Dijeron ambos: «¡engañoso ensueño!
¿Porqué han de ser reales
Las penas en su ceño,
Y la dicha y placer tan solo un sueño?»

FABULA LXVII.

EL HOMBRE TERCO.

Tenia un reloj francés
El Currutaco Don Blas,
Y al decirle *¿qué hora es?*
Sacólo y dijo: «las tres,»
Cuando eran las dos no más.

Juan exclamó: «¡voto á briós,
Que vais muy adelantado,
Porque así me salve Dios,
Como están dando las dos
En esa Iglesia de al lado!»

Y era como lo decia,
Pues las dos sonando estaban
En la Iglesia á que aludia;
Pero Don Blas sostenia
Que eran las tres, y aun pasaban.

— «Mi relojillo, observó,
Es el mas exacto y fiel

Que jamás se construyó;
Y si el del Templo atrasó,
No tiene la culpa él.»

— «A bien, contestó Colás,
Que en ese Café de enfrente
Dá otro reloj, seo Don Blas:
*¿Oye usted? Las dos no más;
Las dos decididamente.»*

No le plació al Currutaco
Una verdad tan palmaria;
Mas era terco y bellaco,
Y así, con aire de taco,
Respondió, silbando un ária:

«*¿Y quiere el habladorcillo
Comparar el del Café
Con mi reloj de bolsillo?
Mírenlo ustedes: ¡qué brillo!
Y es de oro, no de double.»*

— «Será de oro enhorabuena,
Y todos le irán en pos,
Replicóle Magdalena;
Mas ya el del Teatro suena:
¿Oye usted? las dos, las dos.»

— ¡Las dos, las dos! Si va así,
Entonces serán las cuatro:
¿Es usted tan baladí,
Que quiere argüirme á mi
Con un reloj de Teatro?»

— «Pues decida la disputa
Este cronómetro inglés.»
Exclamó Doña Canuta: —
Y era verdad absoluta:
Eran las dos, no las tres.

— «¿Y si usted, que se ha callado
Hasta este mismo momento,
Dijo Don Blas, lo ha atrasado?
Esta gente se ha empeñado
En cargarme: es mucho cuentol.»

— «El que nos pudre es usted,
Hablando en buen español:
Pero háganos la merced
De mirar á esa pared:
¿Qué dice el reloj de sol?»

— «¡Argumento petulante,
Digno de usted, voto á tall!
¿Qué me importa el sol brillante

Ni las dos de su cuadrante,
Si el uno y otro andan mal?»

— «Entonces, dijo Don Bruno,
Esto se pasa de puerco:
Y es trabajo inoportuno,
El de convencer á alguno,
Cuando se empeña en ser terco.»

FABULA LXVIII.

EL MACHO CABRÍO Y LAS CABRAS.

A MI MUY QUERIDO COMPAÑERO Y AMIGO

EL DISTINGUIDO JURISCONSULTO

DON PEDRO GARCIA LOZA.

*De combates políticos cansado
Y de la luz del desengaño herido,
Un á Dios para siempre al mundo he dado,
Y en mi techo doméstico encerrado
Con mis HIJOS en él me he recojido.
Tú, á quien tantos consuelos he debido
En dias de dolor y de amargura,
Cuyo solo recuerdo me estremece;
Tú, que en las luchas que el país ofrece
Conservas aun ilesa tu armadura...
Ay! goza la ventura
De haberte así de heridas preservado,
Mientras yo, de las mias enfermizo,
De mi laúd al son las cauterizo,
Cual QUEVEDO en Leon encarcelado.*

*Oye ahora unos versos, LOZA amado,
LOZA cuerdo y sagaz, por si algun dia
Te tienta la Politico-manía:
En caso tal, pues eres tan prudente,
No imites el ejemplo de las Cabras
A que alude el Apólogo siguiente.*

De un escuadron de Cabras puesto al frente,
Iba un Macho Cabrío
Caminando pausada y lentamente
Por la orilla de un rio;
Y ellas á paso lento y al avío,
Seguíanle á su vez pausadamente.

Trepó el Macho tras esto á una colina
Con presuroso pié, salto tras salto;
Y ellas, salto tras salto, andando aína
Treparon en su pós á lo más alto.

Ocurrióle despues al Macho tonto
La colina en cuestion bajar de pronto;
Y siguiendo las Cabras su carrera
Cual si fuesen á bodas,
Dieron tras él en la veloz corriente
Del rio en que acababa la pendiente,
Y con él á su vez, se ahogaron todas.

Una dijo al morir: «¡suerte funesta
Es la que á todas nos tocó! ¿Qué resta?
Decir al hombre que el error no imite
De las que en triste día
Hemos tomado tan infausta guía;
O por lo menos, que mi ejemplo evite,
Si del buen juicio y la prudencia en daño,
Su razon abdicando en un Caudillo,
Forma parte, cual yo, de otro rebaño.»

*¿Fué escuchada su voz? ¡Ay Lector pio!
¡Cuántas veces con loco desvario
Habrás resuelto dócil afiliarte
En los rebaños que Partidos llaman,
Y ciego tras el Gefe que proclaman
Te habrán visto con él precipitarte!
¡Cuántas, y esto es peor, habrás mirado
El arte consumado
Con que los Gefes de Partido bogan
Del politico mar por la corriente,
Mientras infaustamente
Los que siguieron su pendon, se ahogan!!*

FABULA LXIX.

EL CONEJO Y EL PERRO DOGO.

Helado de frio un día,
Tapóse con un pellejo
Que se halló, cierto Conejo,
Y un Dogo se lo pedía.

— «Yo con él te arroparía,
Diz que contestó el Gazapo;
Mas supón que soy tan guapo
Y tan compasivo soy,
Que yo mi abrigo te doy:
Díme: yo ¿con qué me tapo?»

— «Pues cédeme la mitad,
Y así se concilia todo.»
— «¿La mitad? De ningun modo.»
— «Pues no tienes Caridad.»
— «¿Cómo, si esta en puridad
Comienza por uno mismo?»
— «Eso reza el Catecismo:
¿Mas no hay pie! para los dos?»
— «Y aun para tres, voto á briós!»
— «¿Y es Caridad tu Egoismo?»

FABULA LXX.

EL GATO Y LA LIMA:

imitacion de Lokman.

A MI QUERIDO PAISANO Y AMIGO

DON MARIANO GIL Y ALCAYDE,

MAGISTRADO DE LA AUDIENCIA TERRITORIAL DE PAMPLONA.

Entre las lenguas de lamer ingrato,
La que más incomoda y más lástima,
Como bien lo sabeis, es la del Gato. —

Un Gato se encontró con una Lima,
Y á lamerla empezó con ansia fiera,
Y Creyendo hacerle sangre y darle grima:

Pero por ruda que su lengua fuera,
Éralo el hierro más, y al fin... es claro,
Fué su lengua en dañarse la primera. —

Él, de la sangre de la Lima avaro,
Juzga que es de ella la que triste vierte,
Y lame y chupa con empeño raro.

Poco rato despues su error advierte ;
Y su afan de dañar con ansia estraña
Por desangrarle acaba y darle muerte.

*Asi al malvado su ilusion engaña,
Y de mala intencion haciendo acopio,
Juzga á las veces que á los otros daña,
Cuando labra no más su daño propio.*

FABULA LXXI.

EL DISFRAZ.

*Si huyes un daño, Lector,
Obra con prudencia y seso,
Porque si prescindes de eso,
Lo doblarás, y es peor.*

Por evitar una tunda
Que le querian cascar
Unos á quien Dios confunda,
Disfrazóse el buen Borunda,
Y disfrazado, echó á andar.

Ellos el falso papel
Conocieron del cuitado;
Y él llevó... ¡suerte crüel!
Una tunda por ser él,
Y otra por ir disfrazado.

FABULA LXXII.

EL MONO Y EL CERDO.

Jugando con un Cerdo cierto Mono,
Pidióle un beso con festivo tono,
Y el Marrano travieso
Le dejó sin nariz al darle el beso.

*Narices y ojos perderás, y aun dientes,
Si te dejas besar de ciertas gentes.*

FABULA LXXIII.

EL CAN ENFERMO.

A MI ANTIGUO Y ESPECIAL AMIGO

EL DISTINGUIDO PROFESOR Y ESCRITOR PÚBLICO

DON CAYETANO BALSEYRO.

Descomulgado
Pícaro hueso
Tragóse un pobre
Can Perdiguero.

¿Tragóse, dije?
Pues no, no es eso,
Que de otro modo
Decirlo debo.

Quiso tragarlo;
Pero al hacerlo,
Atravesósele
En el garguero.

¡Ay qué de angustias!
¡Qué de tormentos!
Ni *guau* podía
Decir el Perro.

En tan horrible
Crítico aprieto,
Fué necesario
Llamar al Médico.

Vino muy listo
(Era un Sabueso),
Y encontró el caso
Sério, muy sério.

Eso no obstante,
Dijo: «veremos;»
Y abrir la boca
Mandó al Enfermo.

Abrióla aqueste,
Y él... ¡qué talento!
Toda la pata
Metióle dentro.

Heróico y mucho
Era el remedio;

Pero por último
Sacóle el hueso.

El Can en tanto
Tenia, es cierto,
Hecho una lástima
El tragadero;

Mas su gran Práctico
Le ordenó luego
Quietud, jarabe,
Dieta y silencio.

Notable alivio
Sintió con esto;
Mas por desgracia
Varió de método.

— «Dieta! exclamaba
El Enfermero
(Que por mas señas
Era un Podenco):

¡Pues si prosigue
Dos dias eso,
De hambre el Paciente
Se vá al infierno!

Yo debo darle...
Clarol ¿qué menos?
Un sopi-caldo
Y un sopi-huevo.»

— «Ay! ya era hora!
Dice risueño
El antes dócil
Prudente Enfermo!

¿Pero no hay algo
De mas sustento,
Tal como vaca,
Perdiz ó cerdo?»

— «Bravol le dicen,
Su voz oyendo,
Ocho Mastines
Que entran á un tiempo:

Bravol ya come;
Ya tiene aliento
Para engullirse
Un buey entero.—

— «Mas cómo diablos
Sucedió aquello

De atravesársele
El tal torrezno?»

—«Ay! les contesta
El Can gimiendo:
Fué que goloso —
Pillé yo el hueso.

Era muy grande,
Y yo... ¡qué necio!
Más que mascarle,
Quise sorberlo.

Ya veis! ¡cuando uno
Se siente hambriento!
Mas ya, á Dios gracias,
Salvé el pellejo.

No obstante, ahora
Dirán que siento...
Pero el jarabe
Me hará provecho.»

—«Vaya, aliviarse!
Contestan ellos,
Que espera el Amo,
Y es de mal génio.»—

Idos los ocho,
Entran corriendo
Cuatro ó seis Galgos
Largos y secos.

¿Nueva visita?
Pues dicho y hecho:
Nuevas preguntas,
Diálogo nuevo.

El visitado
Repite el cuento;
Pero se queda
Ronco al hacerlo.

—«¡Ay de mis fauces!
¡Ay de mi cuello!
Exclama entonces
Dando lamentos:

¿Porqué en mal hora
Habrà el Podenco
Dádome vaca,
Perdiz y puerco?

¿Porqué en mi daño
Ese mastuerzo

A tantos Canes
La puerta ha abierto?

Bárbaros! bestias!
Brutos! zopencos!
¡Ay, que me ahogo!
¡Ay, que me muero!

—«¿Lo veis? exclama
El Can Galeno,
Súbito entrando
Al ver aquello:

Vuestros caprichos
Trajeron esto;
Y aun dirá alguno
Que yo le he muerto!

Dice, y se marcha
El buen Sabueso,
Mientras el otro
Tuerce el pescuezo.

Yo, por mi parte,
Digo acá dentro:
Tanta bruticie
Pase entre Perros:

¿Pero es posible
Que, aun hombres siendo,
Seamos muchos
Lo mismo que ellos?

¡Ay visitantes!
¡Ay enfermeros!
¡Ay amigos

Del pobre enfermo!

¡Cuántos pacientes

Matais, y luego

Toda la culpa

La echais al Médico!

FABULA LXXIV.

LA CONTIENDA.

Un Ciego, un Cojo, un Manco y un Tullido
Y un Tartamudo amaban á una Tuerta:
Súpolo un Bizco, y á mortal reyerta
Retólos endiablado, enfurecido.

Salen al campo con navaja y porra
El Ciego, el Cojo, el Manco, el Tartamudo,
Tullido y Bizco... pero viene un Mudo,
Los pone en paz, y vánse, y no hay camorra.—

*Cuando más suele hablarse de asonada,
Tanto más el runrun se queda en nada.*

FABULA LXXV.

EL CALIFA:

traducción libre de Florian.

A MI ILUSTRE Y RESPETABLE AMIGO

Y ANTIGUO Y DIGNÍSIMO GEFÉ

el Excmo. Señor

DON MANUEL DE LA PEZUELA,

MARQUÉS DE VILUMA.

*Prendas brillan en tí, MARQUÉS amado,
Que acaso te han negado
Ya la parcialidad, ya la malicia;
Pero nadie dudar ha imaginado
Tu espíritu elevado
De rectitud, de ley y de justicia.
JUSTICIA! ¡Númen santo,
Cuyo celeste manto
Cobija á todos con igual abrigo
Desde el Monarca al último Mendigo!
¿Quiéres, MARQUÉS, pues la idolatras tanto,
Que el hecho extraño y singular te cuente*